

EL PÁJARO DE UN SOLO OJO Y OTROS CUENTOS

TEBA FERNÁNDEZ
CLARA FOLS PÉREZ
MARINA PÁRRAGA ESPÍN
JOSÉ ANTONIO ROSA
PENÉLOPE ÁLVAREZ
NICO ANDREO

ALEJANDRO GARRIGA
MARÍA RUBIO DEL AMOR
CAROLINA ANDREU SEMPERE
ANA MARTÍNEZ GARCÍA
CARMEN MARÍN MUÑOZ
REMEDIOS SÁNCHEZ GUERRERO



EL PÁJARO DE UN SOLO OJO

Y OTROS CUENTOS

TEBA FERNÁNDEZ
CLARA FOLS PÉREZ
MARINA PÁRRAGA ESPÍN
JOSÉ ANTONIO ROSA
PENÉLOPE ÁLVAREZ
NICO ANDREO
ALEJANDRO GARRIGA
MARÍA RUBIO DEL AMOR
CAROLINA ANDREU SEMPERE
ANA MARTÍNEZ GARCÍA
CARMEN MARÍN MUÑOZ
REMEDIOS SÁNCHEZ GUERRERO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2025

Edición: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El pájaro de un solo ojo y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2025

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-8-8
Depósito legal: MU 676-2025
Impreso en España/Printed in Spain

EL PÁJARO DE UN SOLO OJO TEBA FERNÁNDEZ	9
EL NUEVO CASTILLO DE IRÁS Y NO VOLVERÁS CLARA FOLS PÉREZ	19
DESCUBRIENDO UN AMANECER MARINA PÁRRAGA ESPÍN	25
¿CUÁL ERA LA PREGUNTA? JOSÉ ANTONIO ROSA	33
LA REINA OCH PENÉLOPE ÁLVAREZ	39
NO HACEN LOS PÁJAROS SUS NIDOS EN EL CIELO NICO ANDREO	49
EL CORAZÓN DEL VALLE ALEJANDRO GARRIGA	55
SOMOS FUERTES, PODEMOS CON TODO MARÍA RUBIO DEL AMOR	65
LA BOINA MÁGICA CAROLINA ANDREU SEMPERE	71
ESPIRALES DE IDA Y VUELTA ANA MARTÍNEZ GARCÍA	77
MARIPOSILLA CARMEN MARÍN MUÑOZ	85
LA ANCIANITA DEL LUGAR REMEDIOS SÁNCHEZ GUERRERO	91
«AHORA TE TOCA A TI»	95
«ÉRASE TU VEZ»	103

PRÓLOGO

«El poder más antiguo de todos es contar una historia». Una historia, una simple narración surgida en el momento justo puede salvar una vida, la de quien la cuenta o la de quien la lee o escucha. En este volumen puedes encontrar, quizás, una de esas historias que te salve de lo que huyes; o que te dé la fuerza suficiente para afrontar el miedo que has construido para defenderte de algún monstruo imaginario. Porque cada historia que contamos es la voz del alma buscando recordarnos quiénes somos en realidad y hacia dónde estamos destinados a ir.

Durante los días 29 y 30 de marzo de 2025 un grupo de 12 personas se reunió en Murcia, en La Casa de la Piedra, para jugar con el antiguo arte de dar forma, mediante la palabra viva, a lo invisible. Y fruto de ese encuentro sincero y apasionado surgió este ramillete de cuentos que ahora presentamos. Es la edición número 20 de *Érase tu vez*. Sumérgete en sus páginas como quien se sumerge en un juego poético que tiene muchas respuestas. Déjate llevar por la magia de la metáfora y disfruta con su lectura. Después tú también podrás contar tu cuento.

*Dedicado al apoyo incondicional de Kata
y a su fe que mueve más que montañas.*

EL PÁJARO DE UN SOLO OJO

TEBA FERNÁNDEZ

No sabía cómo había llegado hasta allí. Abrió los ojos y se encontró dentro del cuerpo de una mujer de mediana edad, sin ropa, sin equipaje y sin memoria.

El hecho de querer recordar, le daba la pista de que algo había ocupado su cerebro en algún momento. No sabía qué. Ahora solo había una ausencia: el eco de un antiguo mecanismo de usar esa parte del cuerpo humano.

Miró alrededor y no identificó nada conocido. Bajó la vista y observó sus pies, la forma de sus dedos que estaban sobre un suelo árido y pedregoso. La mirada le llevó un poco más lejos donde distinguió un color verdoso intenso. La curiosidad activó su cuerpo y al acercar sus manos lentamente para tocarlo, notó el gesto de una delicada inocencia en sus dedos femeninos y largos, como si quisieran alcanzar a tocar todo. Los ojos detectaron borrosamente lo que había en el fondo. Focalizó la vista y no supo tampoco qué era... Reconoció un ser con vida pero no parecía humano. Era un gran ojo con un pico, dos patas fuertes y largas y unas alas perfectamente plegadas que parecían una sola; una especie de pájaro tan alto como ella. El cuerpo lo tenía cubierto de un tipo de plumaje en tonos azulados pero con una textura algo confusa: tenía un brillo perlado y viscoso. En vez de plumas, parecían grandes y brillantes escamas.

Después de que sus ojos hicieran un recorrido por todo ese ser, se detuvo en la pupila del gran ojo. Repentinamente sintió la explosión de una emoción muy intensa en su pecho. Como el tinte de un pigmento en un vaso de agua, ese sentimiento fue extendiéndose por el pecho, garganta, ojos... y fue bajando hacia su estómago, pelvis, piernas...

Sus rodillas se doblaron y todo su cuerpo se volcó en el suelo ante él. Sus oídos escucharon un llanto de bebé que salía de su propia garganta, quizá de su estómago o de otro lugar más profundo. Era el llanto de un bebé que estaba solo... O no, algo más intenso. Sintió que todo su cuerpo se había convertido en un llanto de soledad, encarnada en el llanto de soledad de todos los bebés sin bienvenida al mundo. Un ensordecedor lamento salía de su cuerpo pero ella lo escuchaba desde un lugar en calma, siendo espectadora de lo que estaba ocurriendo.

Durante un tiempo, ese sonido se mantuvo sostenido en el ambiente, como si perteneciera al aire de aquel lugar. Al rato, sin ninguna decisión consciente, el sonido fue bajando paulatinamente de intensidad hasta sonar como en el musitar de una nota sostenida hasta desaparecer. Mientras, ella estaba en el suelo en posición fetal sudando y con la piel llena de manchas rojas. Se incorporó, se limpió los ojos y se levantó como si aquel huracán no hubiera pasado a través de ella. La inocente curiosidad la movilizó de nuevo. Quería acercarse a ese ser, quería saber qué era.

El pájaro seguía ahí. A pesar de no moverse y no tener ningún tipo de gesto, había algo en su presencia que había arrojado la intensa descarga emocional.

La luz del ambiente hacía que el contorno de aquel animal brillara desdibujando los detalles de su cuerpo. Se vio a sí misma acercándose más, queriendo tocarlo, palpar las extrañas alas. Al estar ante ese gran ojo, el reflejo cristalino le devolvió su propia imagen. Reconoció su pelo, su nariz respingona, sus pómulos...

—Ya sé que ocurre. ¡Estoy soñando! Es mi sueño, puedo controlar lo que pasa. Quiero saber quién es este ser —se despertó diciendo repetidamente—. Quiero saber quién es este ser... — Volvía a decir dándose cuenta de que estaba en su cama y que había sido un sueño.

Intentó volver a dormir pero no lo consiguió. Casi no sentía su cuerpo, las sensaciones físicas eran mucho menos vívidas que en el sueño. Sintió el vacío, el enorme vacío que ese gran pájaro había dejado sin su presencia. Había una ausencia palpable de algo. Algo hermoso que ya no estaba.

«Clic, clac, clic, clac»... La rueda de la bicicleta seguía rozando con el cuadro. Siempre que lo oía decía: «tengo que ir a arreglarla», pero nunca llegaba a hacerlo. Le gustaba pedalear con el máximo desarrollo y todo lo rápido posible, sentía que volaba. El clic clac, sonaba cada vez más rápido. Su corazón también se aceleraba. — Ya sé por qué no lo arreglo —se dijo a sí misma—. Este sonido es mi corazón latiendo, la bici es parte de mi cuerpo y palpitanos siendo la misma cosa.

Sentir su vitalidad le recordó el sueño del pájaro. Una enorme tristeza apareció en su garganta y sintió las lágrimas rodar por su cara. Se detuvo en un jardín y se dejó sentir el enorme vacío que seguía estando en su pecho. Volar en bicicleta le hizo sentirse viva de nuevo aunque no duró mucho. Conforme se calmaba, el adormecimiento volvió a hacerse presente en su cuerpo.

Cada vez que iba a dormir, al tumbarse en la cama, se palpaba las piernas, los brazos, las caderas... comprobando que estuvieran allí. Extrañamente seguía añorando la presencia de aquel pájaro. Apagaba la luz de la mesita de noche con la esperanza de que se volviera a encender de nuevo en su interior. La luz que fugazmente sintió con el sueño y que había causado en ella ese desconcierto.

Pasaron los años y el anhelo por revivir esa presencia fue convirtiéndose en un sentimiento de irremediable renuncia, pero la curiosidad sobre qué había sido aquello seguía aumentando. ¿Qué sintió en aquel sueño? ¿Qué era ese sentimiento? ¿Cómo puede ser que nunca antes ni después lo hubiera sentido?

Su casa se había convertido en una tremenda librería repleta de libros de sueños, de teorías de cómo controlar el sueño, de prácticas, técnicas, estudios psicológicos sobre lo que sentimos en el cuerpo, sobre las emociones, sobre un sinfín de información en la que aún no había conseguido encontrar respuesta.

Un día, al acabar de leer la última recomendación del gabinete de psicología de una asociación que solía visitar, cerró el libro y se dijo: se acabó.

Poseída por un terremoto interior de rabia y frustración, se digirió al trastero donde aún tenía cajas de embalar y las fue llenando de libros y sacando al pasillo. Cuantas más cajas apilaba, se daba cuenta de la gran cantidad de información que había acumulado. Cuando consiguió desalojarlo todo, sintió las ganas de quitar los muebles también, incluyendo las estanterías extra que tuvo que comprar para tal volumen de ejemplares. Acabó y también le molestaba el sofá, la mesa y cualquier cosa que ocupara espacio. Lo desalojó todo. Por fin se vio en el salón vacío. Dio unos pasos y se plantó frente a esos cuatro muros. El espacio vacío que aún había en su interior ahora estaba también fuera.

En las paredes había sombras que el polvo dibujaba revelando el pasado. Todas las cosas que habían estado colgadas dejaron su testigo. Paseó su mirada reconociendo cada línea, y ahí estaban las cuadrículas de las estanterías, el mueble de la tele, y también reconoció un cuadrado: el marco de una foto del viaje al Caribe de su luna de miel. Recordó con nitidez aquel momento. El atardecer en un chiringuito de playa después de muchos cócteles. Él la tenía en sus brazos. Ella llevaba un vestido rosa largo y la tela caía tapando

sus pies, parecía una cola. La llamaban la foto del rescate de la sirena. A los dos les hacía mucha gracia, lucían la misma sonrisa, parecían la misma persona. No hubo ninguna duda al elegirla para decorar el nuevo hogar que formaron al llegar a esa casa.

Siguió recorriendo con la vista las formas de lo que había en las paredes. Más recuerdos de momentos vividos en ese salón con él se hicieron presentes: haciendo el amor antes de comprar ningún mueble; en el sofá después para estrenarlo; tardes de películas y palomitas, visitas de amigos; recibiendo a familia... Igual que en una pantalla de cine, ese capítulo de su vida pasaba a toda velocidad proyectado en los vacíos muros.

El golpe de haber lanzado contra la pared el teléfono aún estaba ahí. Había estado años tapado pero la desnudez de las paredes mostraba todo sin excepciones. Sintió un vuelco en el estómago antes de un nuevo carrusel de recuerdos. La insoportable espera, la ansiedad que se activaba en su cuerpo restando aire a cada respiración se hizo parte de su día a día. No quería renunciar a que las risas volvieran, a que los abrazos eternos que les unían no se hubieran esfumado del todo. Recordó tantas horas de sufrimiento recorriendo el salón con desasosiego, mirando por la ventana, esperando que todo volviera a ser como al principio, esperando, esperando... Pero en su lugar, llegó la separación.

Separación. Sintió esa palabra como si una bomba estallara dentro. Una gran presión en el pecho y debilidad en las piernas le hizo tirarse al suelo buscando algo que la sostuviera. Sorprendida de lo que después de tanto tiempo aun sentía, se quebró en un llanto alimentado por amargos momentos que siguieron golpeando su mente. Tantas veces quiso hablar, resolver, y él evadía cualquier situación de intimidad ignorando por completo el sufrimiento en el que vivían.

Cerró los ojos y solo vio oscuridad. No vino ninguna imagen a su rescate. Oscuridad, sin paredes, sin techo, sin fondo. No podía

hacer nada más y se dejó caer en el vacío. El tiempo se detuvo y se quedó sola, absolutamente sola. La intensidad del dolor venía en olas que la arrasaban y dejaban de nuevo en una amarga quietud. Aumentaron su intensidad hasta que su cuerpo, buscando una salida, abrió la boca y dejó salir un grito de desamparo.

Al escucharse, la imagen de un bebé irrumpió abruptamente; sintió la certeza de que era ella en una cuna. Lloraba porque su madre no la cogía. Su madre estaba ahí, pero no la veía. Su madre también lloraba porque nadie la cogía a ella. Su abuela, dolorida en la cama, también se sentía sola y no podía atenderla.

Una comprensión mayor empezó a dar calor al cuerpo mientras estaba arrugada en el suelo, en posición fetal, llena de lágrimas. Ya no sabía si tenía los ojos cerrados o abiertos pero percibió una luz que iba haciéndose más brillante hasta definir la imagen con total claridad: era el pájaro del gran ojo. Allí estaba de nuevo frente a ella. Esa presencia amorosa volvió a bañar su cuerpo, que yacía exhausto, devolviéndole la vida ausente desde hacía más tiempo del que podía reconocer.

Recordó el sueño que tanto deseaba que se repitiera y, por fin, todos esos años de búsqueda cobraron sentido.

Un profundo suspiro precedió al sonido de las palabras que escuchó resonando en su interior, aunque provenían de la imagen de ese ojo mirándola:

—Siempre estuve ahí —escuchó atónita—. Siento que hayas tenido que vivir esos sentimientos. Los tuyos, los de ella, los de tantas como tú, que han nacido en soledad. Pero siempre estuve ahí —repitió.

No había emoción en esas palabras, en su lugar desprendía una profunda compasión.

—Si quieres saber quién soy, mírame; siente mi calor y dime dónde lo sientes. Abrazame y dime qué brazos te sostienen.

Su cuerpo iba siguiendo lo que el gran pájaro le decía y, en el

ojo, como en un gran espejo tal como en su sueño, se vio a sí misma: su cara, sus manos, sus brazos que la sostenían.

No había nada que decir, abrazada a su propio cuerpo, sintió un profundo agradecimiento por todo lo vivido. La revelación de esa experiencia iluminó de significado su vida. Un gozo inmenso la llenó por completo. Alzó el vuelo y desapareció.

EL NUEVO CASTILLO DE IRÁS Y NO VOLVERÁS

CLARA FOLS PÉREZ

Erase una vez, un pequeño pueblo, donde vivían seres diminutos, que cabían justo en una caja de cerillas. Sus habitantes eran muy trabajadores y lo que más valoraban eran las horas trabajadas y el sacrificio.

Lo que más les gustaba hacer, después de sus largas jornadas laborales, era sentarse alrededor del fuego a contar las historias de su arduo esfuerzo y gran dedicación.

Érase también un gran pueblo, del tamaño de una montaña, donde vivían los gigantes intercontinentales, que después de vagar solos por el mundo durante siglos, se encontraron y decidieron fundar su descabellado reino.

A estos, lo que más les gustaba, además de hacer crujir cráneos, despellejar animales, aporrearse hasta quedarse inconscientes y escupirse, era sentarse alrededor del fuego a contar las brutales historias de sus antepasados y las de sus días.

En el pueblo chiquito vivía una muchachita que, en apariencia, era igual a los demás, pero ella se sentía como un pez fuera del agua, se aburría como una ostra de tanto trabajar haciendo lo mismo todos los días.

A ella lo que le gustaba era recoger flores, hacer perfumes con ellas y pintar las cosas de diferentes colores para darle al

pueblo un poco de alegría, ya que veía que su gente era muy gris. Llegó un día en que tuvo que dejar de dedicarse a sus pasiones para atender el trabajo gris.

Lo mismo le pasaba a un muchachón de la tierra de los gigantes, que aunque tenía un aspecto temible, su corazón era el de un costurero vital. Es decir, que a él le daba igual lo que fuera, le gustaba unir cosas. Desde coser su ropa, hasta pegarle los dientes que se habían arrancado sus amigos, emparejar gigantes y trenzar árboles. Mientras sacara sonrisas y pudiera hacerlo amorosamente, a él le hacía feliz.

Sus padres advertían que lo que él tenía que hacer era ser más violento y descabellado, y por mucho que lo intentó, no podía cambiar su impulso.

Un día, en ambos pueblos, cuando todos estaban alrededor del fuego, llegó una historia a través del viento. Ese soplo de aire les contó de un lugar del que nadie antes había podido regresar jamás, un lugar donde solo los más trabajadores o brutalmente violentos podrían escapar y llevarse consigo el tesoro que guardaba.

Un tesoro que quien lo consiguiera tendría todo lo que podía llegar a soñar para sí mismo y su pueblo. Ese era el Castillo de Irás y No Volverás.

La muchachita y el muchachón lo vieron claro, era su oportunidad para demostrarle a sus pueblos que eran capaces de ser de los suyos y así estarían orgullosos.

Iniciaron su marcha de inmediato. Durante el camino, cada uno por su lado, se imaginaban las horripilantes cosas que se podían llegar a encontrar, para así estar preparados.

Uno lo imaginaba como la boca del lobo, donde al llegar oiría voces estremeciéndose en el interior, gritos de socorro, mazmorras ensangrentadas y buitres sobrevolando la zona en busca de carroña.

El otro, que ya venía de una tierra de desalmados, se imaginaba algo incluso peor.

Llegaron hasta allí a través de las indicaciones que les fue susurrando el viento.

Primero llegó la muchachita, que muy asombrada contemplaba la belleza de la fortaleza, el esplendoroso jardín, los aromas de sus flores y, en vez de gritos estremecedores, solo podía oír susurros de voces amables y cantos de alegría.

Pegó un gran brinco al ver al muchachón, tan gigante y de aspecto temible. Se asustaron los dos al verse. ¡El enemigo!, pensaron.

La muchachita, aunque estaba aterrada, respiró hondo y se puso en su sitio.

—No voy a permitir que te interpongas en mi camino, estoy decidida a encontrar el tesoro y llevármelo a casa. Estoy dispuesta a vencer a cualquiera para poder ser de los míos.

El muchachón se sorprendió al oír que los dos estaban allí por el mismo motivo y le preguntó por qué no se sentía de los suyos, y ella le contó sobre su pasión por la belleza de las flores, los perfumes y la alegría de los colores. Él también le compartió la felicidad que le producía ser amable y juntar cosas.

Decidieron formar equipo para entrar al castillo y, juntos, hacer frente a todos los monstruos y llevarse el tesoro a casa.

Una vez dentro, descubrieron lo que les pareció el paraíso.

Había todo tipo de criaturas, de todos los tamaños y formas. Les contaron que habían llegado allí por el mismo motivo, para poder demostrarles a sus pueblos que podían luchar contra sus diferencias y regresar con el tesoro. Lo que sucedió fue que en ese castillo les invitaron a ser quienes ellos realmente eran y susurrar al viento sus historias, para que llegaran a quienes tuvieran que llegar.

Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

DESCUBRIENDO UN AMANECER

MARINA PÁRRAGA ESPÍN

Erase una vez una ciudad llamada Borrascosa que se caracterizaba porque nunca brillaba el sol. Los días eran muy oscuros y llovía frecuentemente, por lo que los seres que la habitaban llevaban trajes de agua y unas botas amarillas hasta las rodillas para hacer lo que más les gustaba, saltar sobre los charcos.

A tres días de distancia de Borrascosa, había una ciudad llamada Solradiante, en la que brillaba el sol de una forma tan radiante, que los seres que la habitaban necesitaban llevar gafas de sol, haciendo de la ciudad un lugar peculiar para vivir. La ciudad, además de tener un sol resplandeciente, tenía un intenso olor a café y a lilas, plantas que abundaban por toda la ciudad.

En el seno de sol Solradiante nació una niña muy, muy, muy especial. Era una niña que, debido a un problema, no podía llevar gafas de sol, por lo que sus padres no la dejaban salir a jugar en la calle, a pesar de la tristeza que les producía esta decisión. Por ello, eran sus amigos los que acudían a su casa a jugar y a contarle aventuras del exterior. La niña se llamaba Marisol.

Marisol era una niña muy feliz. Tenía una familia que la quería mucho y unos amigos que la visitaban a diario, pero ella sentía que le faltaba algo. Ella quería poder salir a la calle a jugar, y aunque sabía que era imposible, soñaba todas las noches en cómo sería

pasear por su bonita ciudad. Además de soñarlo, Marisol cada vez que era su cumpleaños, al soplar las velas pedía siempre el mismo deseo, poder salir al exterior a vivir aventuras.

Fue en la fiesta de su décimo cumpleaños cuando su hermano le regaló un libro de los llamados prohibidos. Los libros prohibidos eran aquellos que las gentes del pueblo no dejaban que fueran leídos hasta cumplir los dieciocho años. Fue en aquel libro donde encontró la forma de hacer realidad su sueño. En aquel libro hablaba de un lugar a tres días de camino donde nunca brillaba el sol, un lugar llamado Borrascosa. Marisol al leer esto no pudo dormir en semanas intentando diseñar el plan que le ayudaría a salir de casa y llegar a aquel oscuro lugar, pero pronto se dio cuenta que ella sola no lo conseguiría, necesitaba ayuda, necesitaba a sus amigos para cumplir su sueño.

Al primero que llamó fue a Estrategia. Él era un buen amigo y se le daba muy bien diseñar planes, así que durante las siguientes semanas idearon miles de alternativas para lograr su objetivo, rieron por las aventuras que vivirían al llevar a cabo su plan, y lloraron pensando en las cosas que podían salir mal. Cuando Marisol y Estrategia terminaron el plan, decidieron que era el momento de avisar al resto de sus amigos, Ilusión y Valentía. Los cuatro juntos conseguirían llevar a cabo el plan. Así que al día siguiente se reunieron durante toda la mañana y toda la tarde, y ultimaron los detalles de su aventura.

Quedaron en reunirse la noche siguiente tras sonar las segundas campanadas nocturnas en la puerta del establo. Era importante seguir las instrucciones que habían acordado: salir de casa sigilosamente; coger la comida que habían guardado para los tres días que duraría su aventura; y lo más importante, Marisol no podía olvidar el casco que le habían preparado para ella, el casco que la protegería del sol radiante. Durante aquel día todos estuvieron muy nerviosos, especialmente Marisol, porque no sabían si el casco funcionaría, y la realidad era que, aunque el sueño de Marisol era

salir a la calle y poder ser una niña normal, le daba un miedo atroz enfrentarse al mundo que no conocía.

¡Ding-dong! ¡Ding dong! Las segundas campanadas nocturnas acababan de sonar, cada uno de ellos salió sigilosamente de casa camino al establo, donde se reunieron e hicieron recuento de que llevaban todo lo necesario. Había llegado el momento, lo tenían todo, así que con ayuda del burro del pueblo, llamado Perseverancia, el carromato usado en las fiestas de Solradiante, una sonrisa puesta y todos sus enseres partieron a una aventura que no sabían lo que les depararía.

Tras abandonar la ciudad en el más estricto de los silencios, Estrategia comenzó a repasar el plan. Valentía y Marisol estarían toda la noche caminando y guiándoles por el camino correcto, mientras Ilusión y Estrategia dormían. Y así pasó la primera noche de su aventura, Valentía y Marisol pasaron toda la noche riendo, contando chistes y cuentos que ayudaron a que aquel camino se hiciera más corto esperando, con mucho miedo, las primeras luces del alba, y comprobar si el casco de Marisol funcionaría.

Y por fin llegaron las primeras luces, que rápidamente despertaron a Ilusión y Estrategia, quienes, tras ponerse sus gafas de sol, tomaron el mando para continuar guiándoles en el primer día de camino. Llegó el momento de comprobar si el casco funcionaba. El casco lo habían hecho entre todos, morado por fuera, ya que era el color favorito de Marisol, y en el interior le habían pintado lilas, su planta favorita. Mientras Valentía ayudaba a Marisol a ponerse el casco dentro del carromato, Ilusión y Estrategia cantaban alegres canciones para que Marisol pudiera conciliar el sueño, pese al miedo y la incomodidad de llevar el casco puesto. Durante las primeras horas del día, Ilusión fue relatando todo lo que veía a Marisol, para que no se perdiera nada de su magnífica aventura: prados verdes, montañas nevadas, plantas que brillaban, y animales sonrientes que les indicaban cuál era el camino correcto.

Todo iba bien hasta que de repente encontraron el primer obstáculo, tenían que atravesar un río. Observando el río, se dieron cuenta de que tenía serpientes gigantes, por lo que necesitaban una barca para cruzarlo. Tras barajar todas sus opciones, decidieron que la mejor opción era construir una. Tras horas intentándolo, cansados y sin ver ningún resultado tras tanto esfuerzo, se sentaron todos en la orilla desanimados, desesperados. Todos excepto Perseverancia, el burro, que seguía incansable buscando madera para continuar con la construcción. Fue entonces cuando Perseverancia vio algo oculto en el bosque y corriendo fue a buscar a sus amigos, había encontrado una preciosa barca naranja y amarilla tan grande que les serviría para cruzar el río. Rápidamente todos se subieron y con una sonrisa lograron cruzar el río, no sin antes darse cuenta de que aquellas serpientes que veían desde la orilla, no eran ni tan grandes ni tan peligrosas como parecían.

Al llegar al otro lado del río se sentían tan eufóricos, que decidieron continuar el camino, pero pronto llegó la segunda noche y el cansancio, por lo que acamparon en mitad del bosque. Mientras los demás dormían, Marisol feliz de que su plan hubiera funcionado, no podía dejar de admirar la belleza que había a su alrededor, las montañas, las piedras, los árboles, hasta los mosquitos eran una curiosidad para ella. Todo era nuevo y fascinante. El mundo era un lugar espectacular.

Cuando el cielo comenzaba a teñirse de tonos naranjas y amarillos, Marisol corriendo despertó a sus amigos y se puso de nuevo el casco, comenzaba el segundo día de su aventura. Comenzaron el día con adivinanzas, les encantaban, sobre todo a Ilusión. Después llegó el turno de los acertijos, la especialidad de Estrategia. Estaban felices disfrutando del día, cuando de pronto comenzaron a hundirse en un terreno arenoso. Sin darse cuenta estaban en un desierto de arenas movedizas. Asustados y nerviosos se reunieron dentro del carromato. Ilusión animó a todos a participar, Estrategia

ideó el plan, y mientras que Perseverancia luchaba para que ni él ni el carromato se hundieran, Valentía consiguió saltar a una piedra y atar una cuerda alrededor de la misma, que les sirvió para tirar del carromato, consiguiendo librarse de las arenas que querían engullirlos. Habían pasado mucho miedo, pero entre todos lo habían conseguido, estaban a salvo.

Llegaron los primeros tonos oscuros al cielo y decidieron acampar para descansar. Aquella debía de ser su última noche, y como la noche anterior, todos dormían excepto Marisol, que se quedó observando el cielo estrellado. Había tantas estrellas, brillaban tanto, que en un intento de querer contarlas se quedó durmiendo.

¡Cuidado! ¡Cuidado, que no se lo lleve! Fue lo primero que escuchó Marisol al despertarse. Aún no habían llegado las primeras luces del día cuando un ciervo del bosque les sorprendió y rápidamente salió huyendo, no se lo podían creer, el ciervo lo había dejado todo intacto, no les había hecho nada, pero se había llevado el casco de Marisol. Comenzaron a perseguir al ciervo para intentar alcanzarlo, pero no lo consiguieron. Estaban muy asustados, tenían que idear un plan para que Marisol no saliera dañada. Pensaron varias soluciones, pegarle las gafas de sol a Marisol pero no tenían con qué, taparle la cabeza con toda la ropa que llevaban, pero sabían que no funcionaría. Fue entonces cuando Marisol al mirar al suelo vio la placa que llevaba el ciervo y que al salir corriendo perdió, una placa que decía: «Atrévete». Marisol miró a Valentía y tuvo claro qué tenía que hacer, tenía que atreverse. Estaban a dos días y medio de distancia de Solradiante, apenas les quedaban unas horas para llegar a Borrascosa, estaba segura de que el sol allí no podía ser tan radiante. Así que con aquella decisión se sentaron todos juntos a ver el amanecer, el primer amanecer de Marisol. Estaban apareciendo las primeras luces en el cielo, cuando de repente Marisol miró hacia un lado y hacia el otro, sus amigos se habían quitado

las gafas de sol. No podía creer lo que estaba viendo, fue entonces cuando entre todos le dijeron «Confiamos en ti, y creemos que tienes razón, hoy para ti será tu primer amanecer, y para nosotros será nuestro primer amanecer sin gafas de sol».

El cielo pasó del negro al azul celeste, pasando por el naranja, el rojo y el amarillo. Los cinco amigos, no nos olvidemos de Perseverancia, contemplaron un magnífico amanecer. Marisol había cumplido su sueño, había vivido aventuras en el exterior. Lo había conseguido gracias a Ilusión, Valentía, Estrategia y Perseverancia, y aunque aún quedaban algunas horas para llegar a su destino, y por lo tanto más aventuras, había encontrado tanta felicidad en lo que llevaba de camino que sabía que nada ni nadie podría impedirles completar su camino hacia Borrascosa.

*Una familia de naranjos y otros árboles,
precisamente en primavera oliendo a azahar,
me trajeron hasta aquí.
A ellos les dedico este cuento.
También a mis pequeños brotes.*

¿CUÁL ERA LA PREGUNTA?

JOSÉ ANTONIO ROSA

Se acababa de despertar de aquel breve sueño. No fue su intención dormirse. Sabía que podía ocurrirle pero aún así quiso tumbarse en una colchoneta. Estaba algo contrariado por haberse dormido pero le duró poco. Al levantarse se percató que llevaba semillas de pino en el pelo y que olía a marihuana. Había estado acariciando una pequeña planta en el jardín. Cuánto le gustaba ese olor impregnado en su mano.

Había estado comiendo en el jardín con todos los demás. Estaba muy a gusto allí. La temperatura era agradable. Durante el tiempo que estuvieron en el jardín, comiendo y charlando, el sol le iba calentando la cara. Unas veces le daba de lleno y otras, las ramas y las hojas del árbol, le protegían. Era un gran árbol. Fuerte, alto, robusto y, sin embargo, una suave brisa lo movía a su antojo. En realidad ambos, viento y árbol, danzaban sobre sus cabezas.

Precisamente bajo aquella misma danza, momentos antes, había salido a encontrar respuestas. Él y sus preguntas. Tan abstractas y concretas al mismo tiempo. Preguntas tan amplias que no se pueden escribir porque parece que no están bien formuladas.

Se dio cuenta que volvía a encontrar respuestas bajo un gran árbol. Ya le habían hablado otros grandes árboles en otras ocasiones. Y no unos árboles cualquiera. Todos ellos eran altos, frondo-

sos y muy vivos. Además siempre había algo más con ellos. También les acompañaban el sol y el viento. El patrón se repetía: un momento «imprevisto», sol, viento y un gran árbol.

La primera vez un árbol, el sol y el viento se alinearon con él. Y tuvo la sensación de haber entrado en un paréntesis donde el tiempo se detuvo. Todo estaba en calma, parado. Todo excepto las aves. El trinar de los pájaros se hizo muy intenso, casi ensordecedor. Ese momento de confusión fue el telón previo a la imagen de unos patos volando alineados que pasaron frente a él. Aquel vuelo de los patos fue la respuesta muda que escuchó bajo el gran árbol.

La siguiente vez, nuevamente bajo un árbol en un día soleado, el viento comenzó a manifestarse. Se percató de ello y supo que algo iba a ocurrir. Sin embargo no vio nada esta vez. Solo lloraba y lloraba, triste, frustrado y enfadado porque se había vuelto a romper. Otro momento «imprevisto» y una vez más roto. Esta vez no podía huir. Esta vez no podía escapar de aquella nueva situación complicada. Bajo aquel árbol el viento le desveló que tendría que ser paciente. Le pareció irónico que aquella palabra de ocho letras impresas en un papelito fueran lo único que no había podido mover aquel pequeño vendaval que volvía a parar el tiempo. Unos caballos, desde su establo, comenzaron a relinchar recordándole que también debía ser paciente con su hija. Ella tiene amor por los caballos y ellos mismos se encargaron de recordárselo.

Y esta vez, bajo aquel gran árbol bañado por el sol y mecido por el viento se limitó a escuchar la fuente del jardín. Prestando atención al caño de agua y el fluir de la corriente tuvo la respuesta a su pregunta.

Y dándose cuenta de todo esto le surgieron nuevas preguntas. ¿De verdad los árboles hablan? ¿Es posible que viento, sol y un gran árbol detengan el tiempo y den respuestas? Juraría que sí. Aunque la coherencia con la que se había regido toda su vida le

dijera que no. Pero ahora ya se regía por otra coherencia que alineaba su razón y su corazón. Había decidido liberar a su corazón del cerrojo de la razón. Y como almas gemelas atendían los mensajes y respuestas que algo omnipresente les da constantemente. Tan solo hay que preguntar y escuchar.

*A Roselia, Alejandro y Aura.
Gracias por su amor.*

LA REINA OCH

PENÉLOPE ÁLVAREZ

De cómo nació la bebé que renovó.

Se escuchaban cantos de boleros de amor, sonidos de copas y cubiertos chocando entre la loza de cerámica, había una fiesta y en medio de risas, cantos y guitarras, se encontraba una doncella de rasgos orientales. Embarazada. Era una princesa de barrio que cumplió el sueño del vestido blanco y flores de azahar, solía danzar con el tic tac de las manecillas del reloj, siguiendo el paso de los motores que rugían a toda velocidad en una gran ciudad. Había encontrado un príncipe, el más admirado en su pequeño reino, de calles de tierra en el barrio Paraje San Juan.

Allí en medio de la celebración de cumpleaños de su tío, cuando la guitarra endulzaba las aspiraciones románticas de los invitados, escuchó la llamada:

—Toc, toc, toc, es la hora.

—Pero aún tienes 8 meses.

—No soy yo, eres tú quien así lo decidió, me has pedido que hoy nazca.

La princesa de barrio corrió al hospital y, en medio de mucha confusión, se batió a duelo con una gárgola poderosa llamada Preeclampsia. Después de varias horas de lucha, la doncella ganó y por fin nació una bebé con los ojos abiertos y cabellera larga.

A consecuencia de la batalla, la recién nacida debía estar en un hospital dentro de un cristal encantado que repararía los días fuera de su madre. Parecía estar sola porque nadie podía tocarla, sin embargo diariamente la visitaban ángeles, hadas y duendes que le hicieron los días divertidos y cálidos, estuvo siempre cuidada por seres mágicos. La pequeña criatura salió del hospital, y cuando sus abuelas la miraron, sintieron que sus corazones se encendían, y un recuerdo lejano de algo que se había quedado guardado se volvió a hacer presente. Un ser puro había venido a renovar la llama del amor en ambas familias.

La pareja de príncipes de barrio aún estaban aprendiendo y no se habían formado como reyes de sus propios dominios, así que conscientes de que aún tenían que aprender esa lección, dejaban a la bebé al cuidado de su abuela paterna. La pequeña fue enamorando a los demás miembros de su familia, su presencia renovaba los vínculos y era el contrahechizo perfecto de los sortilegios negativos en la familia. Lamentablemente la niña blanca, La Parka, visitó esa casa, y el abuelo paterno tuvo que emprender el viaje de regreso por el gran río de los muertos. La bebé lo miró entre sueños montado en una barca llena de flores de cempasúchil y así, desde muy corta edad, conoció a la señora de los huesos.

De cómo era la vida en el castillo con olor a salsa de jitomate.

La abuela materna tomó el relevo y cuidó a la pequeña los siguientes años. Su castillo era un lugar lleno de misterios, y también lleno de música. Los adultos siempre tenían secretos que susurraban en medio de las guitarras, los boleros y las telenovelas. Allí las cortinas de terciopelo ondeaban el olor a salsa de ajo, cebolla y jitomate, recién sazónada. La abuela, reina de sus dominios, siempre celebraba fiestas y su cocina se inundaba de arroz

rojo, mole poblano con piezas de pollo y ajonjolí. Los príncipes, padres de la pequeña, solo estaban por las noches, así que ella fue tejiendo lazos muy fuertes con sus abuelos maternos, «tan fuertes como las reatas de los charros con las que lazaban a las vacas y los toros», decía la gente.

El castillo mágico que siempre soñó.

Cuando cumplió 4 años su cabellera llegaba hasta la cintura. Casi nadie se había dado cuenta que su cabello le contaba cuentos e historias, y cuando ella los transmitía, los relatos sorprendían a quienes le escuchaban, la pequeña ya mostraba talento para transmitir relatos. Sus padres decidieron irse a vivir a su propio castillo, y allí hubo para ella tiempo, atención, juegos, canciones llenas de juglares y poetas que dibujaban con sus voces un cuento otoñal, y un jardín repleto de flores de bugambilia. El lugar estaba adornado con plantas de muy diversos colores, en el centro había una higuera y un árbol de granadas que llenaban de magia el paladar de los niños que allí vivían. En medio de esta paz, nada de lo que sucedía era malo, incluso cuando enfermó de hepatitis, para ella sólo hubo juegos, risas y caramelos (jjjjupiii!!!). Este era el castillo mágico que siempre había anhelado.

De cómo La Parka visita por segunda vez a su familia.

La vio pasar de reojo, y no imaginó que la hospedarían en la casa de su abuela materna. La madre pasó días y noches en el hospital mirando cómo la abuela lentamente perdía la luz de sus ojos. Todo era confusión, hasta que un día las tías, el abuelo y su madre la llamaron a la habitación de su abuela.

—Acércate a la cama para que tu abuela te dé la bendición
—dijo el abuelo.

Las pupilas de su abuela penduleaban, en medio de dos mundos, y su mano le acarició la frente:

—En el nombre del padre, del hijo, del espíritu santo, Amén. Ve con Dios. Las palabras de la abuela emanaron de la voz del abuelo.

La niña salió de la habitación y corrió a la cocina para tratar de recordar la imagen de su abuela que se movía en medio del hervor de la salsa recién vertida al arroz rojo. «Ajo, cebolla y jitomate (recordaba), arroz rojo, mole poblano y pollo». El llanto de sus tías sonó como un relámpago. Su abuela había partido. El último recuerdo de ella fue en medio de coronas de flores blancas, con un perfume dulce pero embriagante, la muerte tiene ese perfume.

De cómo llegó a ser miembro de la orden.

Después de la muerte de la abuela, su madre y su padre cambiaron. Los días pasaban entre la aparente normalidad, pero un día al despertar, la casa estaba vacía, la madre no estaba. El padre dijo que ella había tenido que ejecutar una misión muy importante para la familia y por eso había salido de viaje, sin embargo, pasaron los días y la madre no volvió. A partir de allí el tiempo se tornó lluvioso y, como si un sortilegio extraño hubiese caído sobre el pequeño castillo, llovía, llovía, llovía. Algunas veces paraba de llover, pero el sol no brillaba, así que la abuela paterna les hizo una visita a la niña y a su padre; al ver que el panorama parecía desolador, decidió echar a andar su magia.

Ella era una hechicera muy poderosa que había aprendido en una de las escuelas más duras, la vida, pero que había logrado graduarse. Comenzó a preparar brebajes mágicos disfrazados de platos de comida. Con su palabra poderosa en forma de cuentos, ella enseñaba los hechizos de curación más poderosos y sanadores, porque la abuela era una hechicera sanadora de una orden

secreta que se hacían pasar por cocineras, pero a través de sus recetas, ellas curaban el alma de las personas.

Cuando la niña estaba triste curaba sus penas con un plato de espaguetis con salsa de jitomate y perejil al horno; cuando necesitaba paz, un bizcocho de nata; cuando deseaba alegría, un atole champurrado y, en medio de la cocina, los relatos de su abuela despertaban una memoria ancestral en una lengua antigua que la niña no conocía. Todo eso suavizaba la tristeza de la lejanía de su madre.

Mientras el padre lidiaba con sus deberes, la niña y la abuela fueron a vivir al «Reino de la eterna primavera», el cual era más lujoso pero la magia allí era débil, no había historias de su abuela y la comida solo era eso, de hecho todo era simple y funcional. En medio de tanta «normalidad» ocurrió un hecho inesperado, el día de su cumpleaños la hermana de su madre la visitó. Esta mujer era una princesa muy divertida y solía hacer regalos que iluminaban su pequeño mundo de fantasías, fue como un respiro fresco escuchar su voz, porque esta vez su regalo era la noticia de su madre: «Ella está bien, por ahora no puede venir, pero te ama y te piensa». Nadie esperaba que La Parka volviese de nuevo, esta vez fue la abuela paterna, una miembro honorable de la Orden de las Cocineras Hechiceras o también llamada OCH. Como herencia la abuela la había inscrito como candidata para ingresar a la escuela de la orden. Las pruebas de acceso duraban años y eran muy duras. A partir de ese momento la vida de la niña se volvió desafiante.

De cómo cumplió las cuatro pruebas.

Para asegurarse un sitio en la escuela OCH, las postulantes debían pasar pruebas donde mostrasen sus recursos ante la adversidad. La primera prueba consistía en caminar frente a los dragones del miedo sin sacar ninguna espada. Un día, a la edad de 8

años, su padre tuvo que convencerla para que a partir de ese momento, fuese sola a la escuela. Él no podía llevarla así que tendría que aprender a atravesar un camino peligroso, lleno de dragones en medio de una gran ciudad. A pesar del miedo, la niña descubrió que podía ser invisible a ellos. Antes de salir de su casa se puso unos zapatos rojos mágicos que le había regalado su abuela paterna, y una capa de invisibilidad ante el miedo, al ser valiente la capa también la hizo invisible a los dragones y así todos los días llegaba a su escuela y volvía a su casa de forma segura.

La siguiente prueba fue decidir sabiamente si papá o mamá. La demanda de divorcio llegó al buzón del padre, la cita era clara; por fin después de un año y medio Padre y Madre se verían cara a cara. El día del encuentro la niña se vistió con su mejor ropa, acompañó a su padre y al llegar al juzgado la algarabía por ver a su madre saltó en forma de un abrazo efusivo. Por fin volvían a abrazarse. El juez llamó a la niña y después de varias preguntas vino la gran pregunta: «¿Con tu padre o con tu madre?». La niña mirando a su corazón sabiamente dijo: «Con mi padre», nadie lo comprendió, pero la segunda prueba había sido completada.

La tercera prueba fue años después. El tiempo pasó, su padre se casó, tuvo un hijo, ella veía a su madre cada tres semanas, pero el día menos esperado La Parka volvió a tocar su puerta. Esta vez fue su papá. A la edad de 13 años su padre murió en un accidente de coche. Ahora la prueba consistía en cruzar el laberinto del funeral y la mudanza con valentía y salir con la cabeza bien puesta. La adolescente se mudó al castillo de la ahora reina de barrio y al llegar a su casa, aún su cabeza y sus pensamientos estaban en su lugar y eran claros, así completó con éxito la prueba. Ya sólo faltaba la última.

La reina de barrio se había ido a otras tierras y encontró otro rey con quien establecer un nuevo hogar. Este lugar era muy lejano del castillo de su infancia. Fueron años difíciles, había que

acostumbrarse a los protocolos de las nuevas tierras. El padraastro no era el más generoso, a veces parecía un ogro en el cuerpo de un rey. Sin embargo la joven encontró la manera de relacionarse con él y, a pesar de todo, salir ilesa. La prueba fue completada cuando la muchacha cumplió 18 años; ese día superó el miedo al ogro, lo confrontó y pese a él, decidió unirse a la Orden de las Hechiceras Cocineras. Tras ese acontecimiento ya era apta para entrar a la escuela de entrenamiento de la orden.

La escuela le enseñó la magia de la imitación y el poder del relato, con estos conocimientos se dio cuenta que podía cambiar su realidad y contar su propio relato. Después de unos años concluyó el entrenamiento pero aún quedaban pruebas por pasar.

De cómo se entrenó en los viajes de la Orden de las Cocineras Hechiceras.

La recién graduada de la escuela de la OCH, salió al mundo a querer practicar todo lo que había aprendido. Todas las mujeres y hombres de la orden decían que siempre iba a haber pruebas para afirmar el lugar que tenías. La recién graduada había salido herida en su último examen, la prueba se titulaba «El primer amor». La magia del amor era la más difícil de pasar, pues requería la entrega más incondicional a aquello que nunca iba a poder asirse. Sin embargo no había salido bien librada y como consecuencia sus capacidades se vieron disminuidas. La joven OCH, decidió irse de esa ciudad para recuperar su poder y aprender un poco más en otro lugar. Ingresó en un entrenamiento nuevo que reforzaría sus capacidades y le haría recuperar lo perdido, pero lamentablemente eso no ocurrió. Así que buscando respuestas repitió la prueba la cual se titulaba «El segundo amor». Esta vez tampoco salió tan bien librada y sus capacidades mágicas seguían sin regenerarse.

Un día conoció a un hombre de tierras lejanas y a la par de

este acontecimiento, conoció a una hechicera de otra orden, y a un mago muy poderosos y especialista en la construcción de profecías. La hechicera de la otra orden ayudó a la joven OCH a recuperar sus habilidades con su gran poder sanador. El mago de las profecías, con sus pócimas, ayudó a que ella pudiera tener visiones del mundo interior. Recuperada al fin y con todos esos nuevos poderes, el hombre y ella fueron a vivir a una tierra más allá de los mares. Cuando llegaron a ese reino celebraron el matrimonio y la joven OCH se convirtió en Reina.

De cómo un pájaro azul la salvó de una torre.

La celebración por la nueva unión no duró mucho, lamentablemente una enfermedad cayó sobre ella y la Reina hechicera fue puesta en una torre. Desde allí miraba pasar los acontecimientos del Reino. Un día un pájaro azul llegó a su ventana y le dijo:

—Mi señora tengo un mensaje para ti. ¡Recuérdalo! Del más allá me dicen: ¡Recuérdalo!

Ese día la Reina recordó que era una reina que era una hechicera de la Orden de las Cocineras Hechiceras, que tenía el poder para curarse y reescribir su historia y que sus recetas eran mágicas. Así que la reina subió a la ventana de su torre, se lanzó al vacío, confiada comenzó a volar. Llegó al salón del trono y recuperó su lugar, echó a todos los que habían conspirado para subirla a la torre y volvió a ponerse su corona. A partir de ese día su esposo y ella volvieron a compartir su reino y la familia prosperó. Ahora la reina es madre y ha recuperado la magia de ser dueña de su relato.

FIN

A mi hermano.

NO HACEN LOS PÁJAROS SUS NIDOS EN EL CIELO

NICO ANDREO

La luna brillaba en la noche oscura y las estrellas titilaban en la inmensidad del universo. Por el horizonte, como amaneciendo, invadía el espacio el descomunal planeta y su anillo, del que emanaba su característica luz violeta. Todo era intensamente silencioso, denso y vibrante.

No existía el tiempo, ni pasado ni recuerdo, ni futuro, ni anticipación. Solo era que se era. Había misterio, belleza, temor, alegría, había tristeza y había esperanza... Contemplación y nada más. Desde cuándo estaba allí era un misterio hasta para «ello» mismo. Podía sentir todo lo que había alrededor, escuchar la lejanía y percibir la perpetua vibración que proviene de todo. Olía el vacío, sentía la brisa... pero no se sentía a sí mismo ni podía verse. Como una piel pegada a un suelo, y en ese suelo unos ojos, y en ese suelo una oreja, y en esa piel una lengua. Existencia y nada más. Siempre había estado ahí, creía, pero era solo ahora cuando sentía consciencia de sí mismo. Fue justo en ese momento cuando decidió nacer.

Oscuro, sin tiempo.

Cuando volvió en sí estaba en otro mundo igual pero diferente. Un manto húmedo de luz le envolvía, cerró los ojos y por primera vez durmió.

Cuando volvió a volver en sí una fuerza inusitada le invadió, creo que era la vida, notó un latir, le oprimía el espacio húmedo y rojizo de sangre. Su cara chocaba contra algo duro y se percató de que delante de sus ojos tenía una cosa a la que llamó pico. Con su pico poco a poco picó y picó y poco a poco lo duro se quebró. Había nacido una vez y ahora volvía a nacer. Un mundo nuevo claro y luminoso se reveló ante él. En ese mundo había un sol, un cielo azul y unas palmas más allá de las ramas de su propio árbol. ¡¡Era tan hermoso vivir!! Un pequeño sonido claro, fino y nítido salió de su interior por primera vez en toda una eternidad «¡pío!». Un segundo más tarde un ser verde con ojos saltones se abalanzó sobre él y le engulló.

Oscuro, sin tiempo.

En la noche oscura de la rojiza luna inmensa y titilante de un planeta y su anillo, una consciencia despertó.

Mientras, en el otro lado del universo, en un pequeño nido de un pequeño árbol de un pequeño planeta, un huevo eclosionó y un sorprendente mundo nuevo se desplegó ante sus ojos de pájaro... Al lado, un cascarón vacío. ¿Adónde habría ido su hermano?

Por suerte para su ser, una imponente ave se posó en su nido y un amor desconocido invadió su pecho. Al ver la lombriz un hambre voraz le sacó de aquel embrujo, abrió su pico y, por primera vez, comió algo vivo.

El tiempo se inventó y con él el asombro, el recuerdo y los deseos, y lo que más deseaba era volar. Volar como lo hacían sus hermanos y sus padres. Volar como volaban los pájaros. Volar, desplegar todo su poder y que los vientos del destino le trajeran cosas buenas y salvajes aventuras.

El tiempo se inventó y con él el paso del tiempo, y el tiempo pasó y pasó y una mañana se levantó de su nido y voló.

Voló y voló. Voló hacia arriba y voló hacia abajo, hacia el norte y hacia el sur, voló hacia adentro y hacia afuera, a oriente y a poniente. Voló en línea recta, en espiral, hacia adelante y hacia atrás y un día,

de tanto volar y volar, se perdió. Había hecho de su nido un vuelo y ahora no tenía nido. Sólo volaba solo en el vacío.

El tiempo se había inventado y el tiempo había pasado. Y con el invento del tiempo también se inventó el cansancio, el recuerdo y los deseos, y deseó aterrizar y volver a su nido, pero el tiempo se había inventado y su nido ya no era su nido porque su tiempo había pasado. Él, que había hecho de su vuelo un nido, ya no tenía vuelo ni tenía nido. Un cansancio ancestral le hizo cerrar los ojos, calló y cayó.

Lo realmente bueno del tiempo es que realmente solo existe ahora, el resto es invención. Todo el tiempo del MUNDO es ahora. Y ahora empezó a recordar... Recordó su pasado y el pasado de su pasado, el futuro y el futuro del futuro. Recordó a su hijo que nacería en el mañana y al hijo de su hijo y recordó a su abuelo y recordó a su hijo recordando a su abuelo, y recordó a la abuela de su abuelo y recordó al hermano que habitaba en la estrella brillante de una noche oscura. Y se recordó a sí mismo emanando entre las estrellas de un planeta titilante, y recordó la luz eterna y la noche inmensa. Recordó y recordó y en su caída despertó. El tiempo se paró, desapareció, digamos que se desinventó.

—¿Qué soy yo? ¿Soy una piel sin cuerpo, un suspiro, un pensamiento, un nido, un huevo? ¿Soy un pájaro, un vuelo? ¿Soy el tiempo? ¿Soy un pájaro sin tiempo?

No hacen los pájaros sus nidos en el cielo. El tiempo se inventó hace tiempo.

—¡Cuánto todo hay en todo! —pensó el pájaro.

—Puedo contemplar cerca y puedo contemplar lejos, puedo ser duro y puedo ser cuerdo, puedo ser libre siendo prisionero, puedo sentir miedo, puedo VOLAR y puedo estar quieto, incluso ser esclavo de mis propios pensamientos. Soy el que mira y... ¿Soy lo que veo? ¿Soy este misterio?

En un pequeño planeta sin luna hay un pequeño árbol y en una de sus ramas un pequeño nido hecho con pequeñas ramitas del pe-

queño árbol. A lo lejos hay unas palmeras y desde el nido un pájaro las mira. Pasa el invento del tiempo y a veces, solo a veces, ese tiempo se disipa y con él los recuerdos, el asombro y los deseos que solo son un sueño de todo. ¡¡Ay, qué inmenso es ese todo!!

¡Se incorporó el pájaro en su nido, es un pájaro muy hermoso! Se asoma, salta y hace un vuelo portentoso.

FIN

*A mis abuelos y abuelas.
Por los veranos que sembraron en mi memoria, por las risas
compartidas bajo cielos infinitos.
Aunque no recorran estas páginas,
su esencia habita entre cada palabra.
Este cuento nace de la semilla de aquellos días
que vuestra presencia hizo mágicos.*

EL CORAZÓN DEL VALLE

ALEJANDRO GARRIGA

No recordaba el momento en el que llegó a aquel precioso paraje escondido entre el follaje verde apagado, tan característico de su zona, el mediterráneo. Tampoco recordaba el tiempo que llevaba viviendo allí, los recuerdos más lejanos que tiene son los de aquellos extraños seres vestidos con pieles de animales que iban de aquí para allá constantemente, primero en grupos pequeños y con unos andares un tanto extraños. Luego iban en grupos más grandes y transportaban unas extrañas plataformas que por el color y forma le recordaban a su cuerpo, eso le daba un poco de miedo. ¿Y si era verdad que estaba hecho con trozos de otros como él?

El tiempo pasaba, pero su entorno, su jardín secreto, seguía igual y aunque aquellos seres iban cambiando extrañamente, con sus ropajes cada vez más sofisticados, aquellosartilugios que portaban eran cada vez más raros. Parecían no mostrar interés por él ni por aquel lago que lo rodeaba.

Sí que recuerda que no hace mucho, veía el infinito valle que se postraba a sus pies por el que serpenteaba un caudaloso y resplandeciente río. El valle empezaba a cambiar. Estos seres que de vez en cuando pasaban cerca, parecían estar creando nuevos artilugios y extrañas estructuras que ya no se movían (muy cerca siempre del río).

Todo el valle empezó a cambiar, manchas marrones se mezclaban con manchas verdes aunque —desde allí él lo veía todo algo difuminado—, tenían pinta de respetar alguna forma u orden, parecida a las formas de las piedras que abundaban en su jardín.

Tampoco recuerda cómo ni cuándo se quedó dormido, lo que no puede olvidar es cuando volvió a despertar. «¿Pero qué ha pasado? ¡Dios mío!», gritó al abrir los ojos. Una gran nube de pájaros asustados salieron volando desde su cabeza.

No daba crédito, veía unos destellos que recordaba ver en el cielo durante las noches de cielo despejado, pero estos se movían, parpadeaban, cambiaban de color.

Miró a sus pies y todo parecía seguir igual en su jardín. Quizás menos agua, algún nuevo vecino al otro lado del lago... Pero al alzar de nuevo la vista sentía otra vez una sensación aterradora. Las manchas marrones ahora eran grises, grandes torres apiladas cerca del río, que, por cierto, ahora ni era caudaloso ni resplandeciente, era verde y al parecer debía estar enfermo pues no veía ya a los seres aquellos bañándose en él.

Empezó a sentir miedo, tristeza y quizás nostalgia por cómo era todo antes de volver a dormirse.

Un día, de esos en los que sus siempre divertidas, aunque un tanto gruñonas, amigas ardillas se refugiaban en la gran sombra que proyectaba, cuando Amarillo, que jugaba al eterno escondite con otra figura que, a veces, era como su compañero de juego, pero luego cambiaba de forma y se parecía más al lago que lo rodeaba y protegía. Escuchó unas voces, sabía que eran voces, pues sus amigas ardillas ya le habían puesto al corriente: «¡Son humanos! Cada vez están más cerca y nos están dejando sin lugar donde vivir», dijo una de las pequeñas peludas. «Lo destruyen todo por donde pasan», comentaba su compañero. Con voz un tanto refunfuñona, nuestro protagonista dijo: «¡Pues como vosotras con mis piñas, que me dejáis siempre pelado!».

Las voces cada vez se escuchaban más cerca, un grupo de aquellos «humanos» aunque ahora, sus ropajes eran más coloridos. El jardín lucía especialmente hermoso en esa época, justo antes de que Amarillo castigase con su fuerza, cuando muchos de sus vecinos de cuatro patas y sus habitantes favoritos, aquellos que saben jugar con el viento, acudían constantemente a refrescarse en su lago. Pronto los vio aparecer a todos, era un grupo pequeño, de unos siete humanos. Alguno más grande que otro pero con pinta de no tener muchas vueltas de Amarillo.

Procuró seguir las indicaciones que sus padres le enseñaron hace tantísimo tiempo, y que sus vecinos semejantes le contaban. «No te muevas sino es por las caricias del viento, menos aún si hablas con ellos». Y así hizo. Observó con curiosidad cómo este grupo de humanos se quitaban esos coloridos ropajes dejando solo una parte en las dos ramas que usaban para moverse, y por primera vez en su vida, al menos consciente, vio cómo se sumergían en las aguas de su lago.

Transcurrían los días y empezaba a cogerle cierto disfrute al ver a aquel grupo jugar en su jardín secreto. Bueno, ya no era tan secreto, ahora lo compartía con ellos.

Ya sabía sus nombres, eran Quique, Elena, Antonio, Coché, Gustavo, Víctor y el más pequeño de todos, Alejandro.

Verlos subirse en sus ramas para lanzarse al lago era su momento favorito. No solo por verlos tan felices sino por las cosquillas que le hacían al subirse en él.

Alguna vez tenía que coger aire y contenerlo ya que un pequeño descuido y esos frágiles seres podían caer fuera del agua y darse un fuerte golpe. Una vez que Quique tropezó con una de sus ramas, estuvo a punto de agarrarlo, incumpliendo todas las normas que los suyos le habían impuesto. Como no era mucha altura, se contuvo, pero tuvo que pasar un mal rato al ver que aquel humano desprendía una extraña resina roja de la cabeza y gritaba sin parar. Menos mal que se lo llevaron pronto, no le gustaba aquella escena.

Era ya oscuro, Amarillo se había escondido y su amiga, ahora roja y grande, asomaba por detrás del valle.

Ya casi se estaba durmiendo cuando escuchó gritos, parecían los de sus nuevos visitantes.

Al poco tiempo, cuando aquella enorme bola roja terminó de asomarse y ya con un color más claro, los vio aparecer. Solo habían dos de ellos, Quique y Alejandro. Nunca habían venido sin Amarillo presente, era extraño. Estuvieron un rato en silencio como si no quisieran ser encontrados.

Al poco tiempo, en un silencio absoluto, empezó a escuchar otras voces. Eran de otro tono, casi le recordaba a las voces de aquellos primeros humanos con pieles peludas.

Quique y Alejandro se asustaron, el primero desapareció muy rápido, parece que huyó al interior del bosque. El más pequeño, con toda la ropa que llevaba, se sumergió en el lago desapareciendo por un instante bajo el agua y apareciendo al otro lado, a su lado.

Volvió a notar aquellas cosquillas, lo estaba trepando por detrás de su vista aunque ahora no sentía tanto cosquilleo, más bien dolor. Algunas ramas se rompían a su paso. Estaba asustado, ¡estaban asustados!

Casi llegando a su cabeza, el grupo extraño que gritaba como los seres de las pieles, apareció en su jardín. Llevaban unas mini estrellas que iluminan la noche, como si hubiesen cortado un pequeño trocito de sus ramas y hubiesen metido la estrella dentro. Donde apuntaban con aquel pequeño artilugio se iluminaba todo el bosque.

Dieron algunas vueltas, pero al poco tiempo desaparecieron con sus antiguas voces, por el bosque.

Ya casi no había luz, la amiga de Amarillo estaba ya pequeña y justo encima de sus cabezas.

El pequeño humano empezó a descender, notaba su torpeza, le hacía mucho daño pues se iban rompiendo sus pequeñas extremidades a su paso. Notaba su corazón golpear muy rápido, más incluso

que cuando se lanzaban al lago para volver corriendo a subirse en él. Esta vez eran unos fuertes y rápidos pum-pum-pum. Su respiración lo asustaba aún más, recordó esa respiración cuando hace mucho aparecieron un grupo de humanos con unas piñas cortadas por la mitad en sus cabezas. Llevaban unas curiosas ramas en sus manos que destellaban al reflejarse Amarillo en ellas.

Estaban muy alterados y corrían mucho en esa época que solían verse extrañas luces parpadeantes, como si Amarillo se asomase burlando a su amiga que allí estaba buscándole. Esas luces iban acompañadas de fuertes truenos. Desde entonces no había visto a un humano respirar así.

No le quedaba mucho por descender cuando notó un fuerte dolor penetrante y el crujido de una de sus extremidades al romperse, pero una de las fuertes. Al instante vio caer al pequeño humano y cómo este golpeaba en el suelo y rodaba piedra abajo hasta el lago.

Su cuerpo se sumergía en la oscuridad del agua, podía sentir su latido: pum-pum-pum. Cada vez más lento pum-... pum-... pum... «¿Y ahora qué?», se dijo. «¿Cómo voy a dejarlo morir? Este es mi jardín, no puedo permitirlo».

El sonido retumbaba en sus raíces. Estaba en el momento más difícil de su existencia, con sus más de cinco mil años, viendo crecer y morir a los suyos. Y es que aquella mini isla rodeada de un extraño lago protegido por el denso follaje y que no muchos han sido capaces de encontrar en la antigüedad, le otorgaba ciertos poderes, sus padres le contaron que él era el elegido para custodiar aquel lugar, lo llamaban el corazón del valle.

¿Cómo podría, siendo el guardián del bosque, el protector del corazón del valle, dejar latir aquel mini corazón humano? pum... pum... y silencio. Deseaba con toda su resina y sus raíces que aquel pequeño humano volviera a despertar, necesitaba oír sus latidos. ¿Qué podía hacer? ¿Qué pasaría si al final revelase su secreto?

El humano no despertaba y no lo haría si no hacía nada. Fi-

nalmente, tras un lento crujir, una de sus ramas bajas entraron en el oscuro lago palpando piedras y raíces, buscando a ciegas algo que pronto pudiese identificar como aquel humano.

Tras mover algunas de las ramas que antaño brotaron del palo que con el tiempo y los juegos de aquellos humanos se fueron cortando, cayendo al agua creando un laberinto que dificultaba su tarea. Sabía que no le quedaba tiempo, así que introdujo otra rama algo más larga. Notó algo diferente, blando y alargado, lo agarró y levantó frente a él. Estaba al revés de como solían moverse, pero era él, el pequeño humano.

Mirando extrañado aquel cuerpo de cerca, ramas blandas, un pequeño arbusto negro en su cabeza, decidió sacudirlo pero no volvía a escuchar el latido. Así que finalmente decidió darle un golpe con otra rama, necesitaba volver a escucharlo. Le había cogido cariño, verlo divertirse tanto en su lago y ahora su vida se la había tragado el agua que tanta felicidad le dio.

Con gran tristeza decide dejarlo a sus pies, cerca del tronco, cuando un fuerte sonido: PUM PUM PUM, le volvió a brotar de su cuerpo.

Vio cómo aquel humano descargaba gran parte del agua de su lago. «Por el agua de mis ramas! ¡Qué espacio tienen en su interior!».

El corazón ya volvía a sonar como siempre y parecía volver en sí. Aprovechó para volver a su estado neutral para no desvelar el secreto y, por lo que parecía, no se había percatado.

Finalmente el humano consiguió volver a casa sano y salvo ya que volvió varias veces después a visitarlo solo que no venía acompañado. Nadaba y se apoyaba en sus ramas para leer. Pudo entender todo aquel mundo que había vivido durante tantos siglos, que aquel que Amarillo se llamaba Sol y su eterna compañera de juegos Luna, que era el día y la noche. Que algunos humanos destruían pero otros muchos creaban.

Y que gracias a él, aquel humano decidió dedicarse a proteger los bosques, era algo de biólogo o una palabra similar.

Solían ir a verlo los veranos aunque las ramas cada vez le crujían más. No hace mucho el humano presentó a su familia, su hija Marta y su mujer Gema.

Y un día le confesó que sabía que él lo había salvado y por eso protegería para siempre aquel bosque y en especial a él y su lago.

*A las historias que me abrazan.
A mi hija Julia y a Luis, que son HOGAR.*

SOMOS FUERTES, PODEMOS CON TODO

MARÍA RUBIO DEL AMOR

Jota había nacido de un vacío inmenso. Cuando ella salió al mundo en su madre no existía nada, ni luces, ni ruido, ni llanto. Su madre había caído en un profundo sueño y el universo se había borrado para ella.

Cuando despertó se encontró con un ser diminuto y frágil entre los brazos. Le dijeron que era su hija. Eme no recordaba nada de lo que había ocurrido hasta llegar a ese momento. La miró dulcemente y empezó a pensar en las palabras, en que su significado no siempre podía ser universal. A veces, una palabra se convierte en algo único para alguien, singular, porque elipsis, ahora, significaba para ella la luz que había venido al mundo para salvarla.

Todo empezó un verano de hace ya algunos años. Eme y Ele habían decidido volver a sus tierras. En los años que habían pasado fuera encontraron mucho de ellos mismos, forjaron un vínculo fuerte y aprendieron a disfrutarse. Ahora tocaba regresar y redibujar los trazos del destino, pero este, que es muy juguetón, decidió cambiar las cartas que ellos habían sacado.

La falta de su habitual dolor de cabeza en los días del ciclo hizo pensar a Eme. No podía ser, ¿o sí?. No se lo comentó a Ele, esperó al día siguiente y confirmó sus sospechas. En casa iban a ser tres.

La realidad es que la noticia les provocaba una alegría inmen-

sa, pero las circunstancias para llegar al final del camino iban a ser cuanto menos heroicas. Eme tendría que volver donde había estado trabajando para tener después el privilegio de cuidar a su bebé. Ele debía encontrar un trabajo para sostener el futuro. Así que sus manos se separaban por un tiempo, irremediablemente.

Eme tomó rumbo a la Gran Ciudad. El tren fue su compañero de ida, que con el traqueteo expandía las lágrimas por su rostro dejando atrás el lugar donde ella quería estar. Se quedó a vivir en un ático de vistas increíbles a la inmensa ciudad, que tenía en el segundo piso una buhardilla con una cama pequeña y dura, a la que se accedía por una estrecha escalera de caracol.

Nada iba a ser fácil. Se sumergió en la rutina como pudo, se instaló en su mantra de «yo puedo con todo» y trotó con la vida como si no le pesara. Los días pasaban lentos. La luz la ayudaba a enfrascarse en la rutina de forma mecánica y no pensar mucho, pero la noche era tremendamente larga. Cuando se dejaba caer en la cama se le engarrotaban los músculos y el pecho se le encogía. Allí donde el corazón habita sentía una presión que la ahogaba. Y entonces, entre violentos sollozos, intentaba respirar profundo. Y contaba a su hija cosas de su padre, y se inventaba historias para olvidar la realidad. Se las contaba acariciando la barriga y decía en susurros: «Somos fuertes, podemos con todo». Así llegaba el amanecer, y empezaba a trotar de nuevo.

Los fines de semana se convirtieron en los viernes de ida al abrazo y al calor del hogar, y los domingos en la vuelta a la soledad. En esos trayectos Eme leía novelas para escapar de su propia vida y empezó a fabular sobre cómo aprendió a leer. Ella recordaba a su padre tras el mostrador de una tienda de pueblo, con una especie de juego de cartas que había inventado en el que aparecían sílabas que si unías, mágicamente construían palabras, y poco a poco esas palabras fueron brotando solas de su boca, aparecían como trazos de un dibujo que no logras interpretar muy bien hasta que está terminado. Esas palabras se amontonaban en libros que escondían universos

mágicos. Le venía esto a la cabeza porque se daba cuenta de las veces que las páginas escritas la habían salvado de las cosas difíciles y qué gran suerte saber leer y poder ahora abrigarse con las historias de otros mundos ficcionados. Así pasaron los meses en los que Eme cargaba con una fuerte armadura, en viajes de ida y vuelta, abrigada en literatura y palabras de aliento.

En una de esas vueltas a la Gran Ciudad ocurrió algo inesperado. Llegó al piso y se acostó porque ya era tarde, y al día siguiente madrugaba para ir a trabajar. Al poco rato la despertó el telefonillo. Resultó ser la policía que venía con una mujer que afirmaba vivir allí. El dueño de la casa lo negó y la noche cesó. A la mañana siguiente le contó que él tenía que ir unos días a trabajar fuera y que esta situación lo perturbaba un poco porque ella se quedaba allí sola. Pero creyeron que no tenía por qué pasar nada...Y pasó. A los días de marcharse llamaron al timbre. Resultó ser «la loca acosadora», que venía en busca de su supuesto amigo. Eme no abrió la puerta pero empezó a hacer conjeturas de lo que podría pasar, y no le gustó nada la idea.

Al día siguiente se movió rápido. Buscó otro piso, recogió sus cosas y llamó al único amigo al que podía acudir allí, que le prestó su cama de almohadas blancas y mullidas, y le aportó la calma. La ayudó a mudarse a un piso poco apetecible, con un aire denso y mustio, pero que la salvaba de agitaciones inciertas. Y allí pasaron muchos, muchos días más.

La cuesta era cada vez más empinada y cada vez costaba más mantener la armadura con el falso mantra que se había dicho muchas veces para creérselo ella misma: “tú puedes con todo”. Y no podía, así que un gran mal acechó al mundo y lo enfermó para que ella pudiera volver a casa. Se desató una misión altamente complicada ya que habían prohibido viajar entre ciudades, pero no podía ser. Eme no estaba dispuesta a quedarse allí sola, embarazada, rota. Se las ingeniaron sin pensar demasiado, un coche vino a recogerla y

volvieron sin mirar atrás. Ele la esperaba ansioso en la puerta de su casa. Se fundieron en un abrazo sin fin. «Hogar, por fin», pensó ella.

El mundo se había desajustado y debían permanecer encerrados en casa. Eme ya estaba muy pesada y dedicó sus días a hacer algo que ahora se cuestiona mucho: no hacer nada. Dormía, leía, hacía bizcochos de zanahoria y paseaba por la cochambrosa terraza de su edificio al sol, donde renacieron sus pecas y su barriga se pintó de color tostado.

La tarde antes de la llegada de su hija leyó en una novela una escena terrible de parto. Eso despertó a su hija las ganas de llegar a este mundo. Aquella madrugada se inundó de agua la cama. Y después de treinta horas en las que la hicieron creer que sería nombrada la reina del parto resultó que todo vino dado por una elipsis.

Eme estaba altamente contradicha, se sentía triste porque no pudo sentir el nacimiento de su hija, no escuchó su primer llanto ni tuvo el primer contacto piel con piel. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Olvídate de lo que no has vivido y concéntrate en lo que estás viviendo. Lo has hecho muy bien, eres toda una guerrera, poderosa y preciosa», le susurró la voz de Ele al oído.

*A mi madre, por la boina y las alas
A mi padre, por la muñeca y las raíces.*

LA BOINA MÁGICA

CAROLINA ANDREU SEMPERE

Paulina tenía un súper poder, oculto a todos los demás. Cuando se ponía la boina granate que su madre le regaló por Navidad, era capaz de vivir otras vidas, de ser alguien diferente, de transportarse a lejanos países y de vivir aventuras fantásticas.

Nadie a su alrededor había llevado jamás una boina alegre y llamativa como la de Paulina, que se la calaba así, inclinada hacia el lado derecho, a la francesa. Como mucho, algunos señores mayores del pueblo llevaban gorra, o una boina negra que se ponían sobre la cabeza como si fuera un plato. Nada que ver.

La boina de Paulina era como la que llevaba la niña francesa en la portada de «Claudina en Santa Clara», su libro favorito. Lo había releído mil veces y soñaba con asistir a aquel internado donde las alumnas llevaban uniforme y boina.

La vio por primera vez un día en que su madre la llevó a la ciudad. Estaba allí, en un escaparate de la calle Mayor. Una boina granate que le susurraba: «Estoy aquí para ti». Paulina rogó y rogó a su madre que se la comprara y le prometió que se conformaría sin ningún otro regalo de Navidad. Su madre, que siempre había reconocido en ella a la niña que soñaba e imaginaba, accedió.

La primera vez que Paulina se puso su boina, pensando en Clau-

dina, fue capaz de hablar perfectamente en francés y tuvo imágenes nítidas del olor y sabor de un buen croissant con un café au lait. El sonido de los organilleros de París la acompañó mientras paseaba a lo largo del Sena y se sintió feliz como nunca antes.

A partir de aquel momento Paulina vivió múltiples vidas y aventuras. Leía ávidamente y, con su boina puesta, podía formar parte de aquellas novelas: ir de acampada con Los Cinco, dar la vuelta al mundo con Phileas Fogg, ser Jo en «Mujercitas», vivir en «La casa de la pradera», estudiar en un internado británico o ser optimista como Pollyanna.

En ocasiones se ponía su boina para pasear por el pueblo. Era como ir creando un cuento con las páginas en blanco que se llenaban de colores e historias a cada paso que daba. En ese momento todo se tornaba mágico y en cada esquina existía la posibilidad de una nueva aventura.

Pero un día perdió su boina. Sucedió en Barcelona, en un viaje que la familia hizo para visitar a la abuela Clara. Paulina estaba muy ilusionada. Por primera vez no tendría que imaginar que estaba en una gran ciudad. Realmente iba a estar allí.

La cabalgata de Reyes fue majestuosa, nada que ver con la del pueblo. Tantas luces y colores que Paulina sentía que no le cabían por los ojos. Cuando terminó, la muchedumbre se disolvió rápidamente, moviéndose hacia varias direcciones a la vez. Mientras su padre la tenía firmemente agarrada por una mano y ella hacía lo mismo con la de su hermano pequeño, sintió que el frío de enero le helaba las ideas. Su boina había desaparecido. Imposible soltarse, imposible encontrarla.

Paulina no tenía consuelo. Ni siquiera que los Reyes le hubieran traído carbón (dulce, era una broma) le arrancó una sonrisa. Ni tampoco que su madre le prometiera que le regalaría otra idéntica, o que le tejería otra de mil colores. Nada.

A la vuelta al pueblo, Paulina seguía triste. Sentía que nunca más

volvería a disfrutar de sus lecturas, de sus paseos mágicos. Incluso la bibliotecaria, extrañada por no haberla visto durante más de un mes, llamó a su casa. «Desde que perdí mi boina ya no tengo fantasía» le contó Paulina, «mi imaginación se fue con ella».

«La imaginación nunca se va, a veces se oculta tras la tristeza», le contestó la bibliotecaria. «Pero con un poco de esfuerzo y cariño siempre vuelve. Si tanto querías a esa boina, si tan bien te hacía sentir, ¿por qué no escribes un cuento sobre ella?».

A Paulina le pareció una idea rara, pero decidió intentarlo. Llamó a su cuento «La boina mágica» y disfrutó tanto escribiéndolo, que a éste le siguieron muchos más. Las historias y aventuras que antes vivía leyendo, ahora las vivía escribiendo y creando para los demás.

Y así Paulina descubrió que su verdadero súper poder no estaba en la boina granate, sino debajo de ella.

A mi padre, a mi madre y a mi hermana Bea.

ESPIRALES DE IDA Y VUELTA

ANA MARTÍNEZ GARCÍA

Era un día soleado y tranquilo. Petra quería hacer algo especial para aquella ocasión. Decidió que se haría un traje para esa noche. Se haría un vestido que fuera de color rosa y se maquillaría la cara con símbolos, como si fuera a una fiesta tribal. Salió de su casa en el bosque, cogió unas hojas de platanera y algunas cochinillas para hacer un tinte. Machacó las cochinillas en un mortero para extraer el tinte rosa y puso el mejunje junto con agua en un barreño de metal. Después introdujo las hojas de platanera para teñirlas y, cuando ya estuvieron empapadas, las puso a secar en el tendedero. Como hacía aire se secarían a tiempo para el evento de la noche.

Ahora tenía que conseguir las pinturas para la cara. Entonces recordó que tenía guardados unos frascos que le dejó su abuela con pigmentos que, según le contaron, trajo un antepasado suyo de algún país oriental.

—¿Qué más necesito? —pensó—. ¡Ah, sí, algo para el pelo!

Como hacía buen día y aún tenía tiempo, decidió dar un paseo por el bosque a ver qué se encontraba. Cogió una cesta y empezó a caminar. Tomaría el sendero que llevaba al arroyo, así también aprovecharía para darse un baño.

Caminaba tranquila y sin prisas, parándose a observar las plan-

tas, los bichos y a oler las flores. Vio un cartel que nunca antes había visto. El cartel era de madera y estaba clavado en un tronco. En él había dibujada una espiral rosa sobre un fondo azul.

—¡Qué raro que nunca haya visto este cartel! —pensó. Ese camino lo había hecho muchas veces.

Siguió caminando y cerca del arroyo —se escuchaba el rumor del agua— tropezó con una piedra y cayó al suelo. Se hizo una herida en la rodilla que no paraba de sangrar. Como conocía bien las plantas del bosque, se levantó y comenzó a buscar una planta que abundaba por la zona y que sabía que tenía efectos desinfectantes. Se hizo una cataplasma y siguió su camino. Cojeaba un poquito por el dolor, pero podía seguir caminando.

Al llegar al arroyo, se desnudó y se metió al agua. Estaba un poco fría, pero no demasiado. Se tumbó en las piedras y dejó que el agua pasara por su cuerpo. Después de ese baño relajante, se vistió y tuvo el impulso de seguir río arriba, algo que nunca antes había sentido. Empezó a caminar por la orilla y, aunque a veces las cañas y la vegetación se lo ponían muy difícil, ella sentía un impulso muy fuerte de seguir. Cuando llevaba ya un rato caminando, paró y, al sentarse a descansar, justo en frente vio otro cartel muy parecido al que se había encontrado antes. Otra vez había una espiral, pero en sentido contrario: la espiral era azul sobre un fondo rosa. Le pareció curioso y se preguntó qué significarían esos carteles, pero no le dio más importancia y decidió volver a casa. No había encontrado nada para el pelo para esa noche, pero todavía no se había terminado el día.

Mientras volvía río abajo, encontró que alguien había hecho una especie de piscina con los cantos rodados.

—Esto no estaba aquí hace un rato cuando yo subía —pensó—, o por lo menos no lo había visto.

Siguió bajando y entonces vio un hilo rojo colgando de un árbol.

—Esto tampoco lo vi —pensó.

Continuó su camino y, justo antes de salir del arroyo, se encontró en el suelo unos cuernos de ciervo.

—¡Tampoco los había visto antes!

Los cogió y pensó que eran perfectos como complemento para su traje.

De vuelta a casa, fue buscando el cartel que había visto a la ida, pero ya no lo encontró.

Cuando llegó comprobó que las hojas que había tendido ya estaban secas. Cocinó algo para el encuentro de la noche y preparó el material para construir el traje. Empezó a cubrir su cuerpo con las tiras de las hojas de platanera teñidas y a atárselas con cuerda. Hizo algunas tiras más finas para hacer flecos, trenzas, cuerdas para decorar el traje. Y entonces se acordó de la espiral. Con una de esas cuerdas, hizo una espiral y se la puso de colgante. Sacó los pigmentos de su abuela y con un palito decoró su cara. Los colores que le apetecían eran el amarillo y el negro, y con esos colores se dibujó triángulos, serpientes y una espiral en la frente.

Cuando terminó de pintarse cogió los cuernos de ciervo y decoró las puntas con lana rosa y el resto los pintó con lunares azul clarito. Con cuerda y alambre creó un sistema para colocárselos en la cabeza. Y con esto ya estaba terminado su traje.

De repente, sintió nervios por el encuentro. Esa noche había eclipse de luna, y todos los vecinos se reunían alrededor de un fuego para poner en común los cambios y renovar sus compromisos de pertenencia y sus puestos en la comunidad.

Ya se había puesto el sol y se acercaba la hora de ir al encuentro. Sus nervios iban cada vez a más. Decidió relajarse, respirar y sentirse. Se dio cuenta de que, después de haberse dedicado todo el día a hacerse ese traje, ahora no tenía ganas de ponérselo, y la idea de haber invertido el tiempo en algo que ahora no le apetecía le causaba inquietud. Se resistía a no ponerse su traje. No sabía qué hacer.

—¿El traje es tan importante? ¿Lo que me inquieta es eso o lo

que voy a decir en el grupo? ¿Lo de no ponerme el traje es también una resistencia?

Se puso entonces a hacer repaso del día: los carteles con las espirales, la caída al suelo, el baño en el río, la subida río arriba y cómo la vuelta fue tan diferente a la ida (el hilo rojo, la piscina, los cuernos de ciervo...).

Le sirvió para dejar de pensar tanto. Su traje estaba hecho con mucha ilusión y amor, así que decidió que se lo pondría —siempre podría quitárselo si no estaba a gusto—. Cogió la cena y se puso en camino hacia la reunión.

Durante el trayecto fue recogiendo los palitos que se encontraba; no sabía para qué, pero los cogió.

Cuando llegó al fuego, algunos de sus amigos y vecinos ya estaban allí. Otros todavía no habían llegado. Alguien le comentó que le encantaba su vestido, pero Petra hasta se había olvidado de que lo llevaba.

Cada vecino traía algo que representaba sus cambios: podían ser objetos, canciones, palabras, imágenes... Petra llevaba su traje rosa, con sus cuernos de ciervo y sus símbolos en la cara.

Mientras llegaban los que faltaban, algunos se pusieron a tocar música para hacer amena la espera.

Una vez que todos habían llegado, hicieron un círculo alrededor del fuego y fueron poniendo en común sus cambios y sus compromisos. Fue una velada muy armoniosa y tranquila hasta que, de repente, el fuego empezó a echar chispas y todos tuvieron que apartarse. Aquello no paraba y cada vez era más fuerte. Petra se acordó de los palitos que recogió en el camino, los contó y eran 22 (justo el número de vecinos). Los repartió a todos los vecinos, y alguien propuso echarlos al fuego. Los arrojaron todos juntos; el fuego se apaciguó y una gran humareda salió, formando una gran espiral encima de todos ellos. Esa espiral iba cambiando todo el rato de sentido, hacia fuera y hacia dentro. Se quedaron absortos mirando aquella espiral, y cuando

se vinieron a dar cuenta, ya había amanecido. Todos sintieron que habían visto algo único y especial que les hacía sentirse más unidos.

Pasaron el resto de la mañana juntos en la explanada y llegaron a la conclusión de que debían construir algo en aquel lugar. Necesitarían cortar madera.

Petra se despidió de todos y regresó a su casa, cansada pero muy feliz. Se quitó el vestido rosa y los cuernos, los colgó y se puso a cortar madera sin pensar. Solo cortar y cantar, cortar y cantar...

Cuando estaba ya cansada, se preparó un caldo calentito y se fue a dormir feliz y con el corazón abierto.

A la mañana siguiente se despertó, se preparó un café y salió al jardín. Miró al cielo y recordó lo que había soñado esa noche. En el sueño aparecía su padre, diciéndole dónde estaba aquel cuento que ella nunca leyó. Fue a buscarlo donde su padre le había dicho en el sueño, y allí estaba: en el lugar del primer cartel de la espiral que había desaparecido. Cogió el libro, el título decía: *«Todo llega cuando tiene que llegar. PD: da igual la prisa que te des»*.

Volvió a casa, comenzó a leerlo y se tomó su tiempo.

*Dedicado a mis dos princesas,
María y Cristina.*

MARIPOSILLA

CARMEN MARÍN MUÑOZ

rase una vez un hermoso valle por el que un riachuelo de aguas transparentes discurría saltarín. De pronto, una pequeña mariposa de vivos colores se posó sobre una piedra que lamía el agua. Mariposilla estaba experimentando sus primeros vuelos. Lo hacía muy bien. Mamá mariposa le había dado un consejo: “No te acerques al río, si tus alas se mojan nada te podrá salvar”. Mariposilla era curiosa y se sentía atraída por el riachuelo.

—¡Qué bonito es, y me gusta su sonido! Una cosa tan bonita no puede hacerme daño —pensó.

De pronto empezó a escuchar una algarabía de voces chillonas y se alertó.

—¿Esto qué es? ¿Qué pasa?

Un grupo de niños corría hacia el riachuelo, en su dirección.

—¡Mirad, allí, allí! —decía uno señalando hacia la mariposilla.

—¿Pero esto qué es? ¡Qué miedo! —Y Mariposilla, asustada, emprendió el vuelo todo lo rápido que pudo, en dirección contraria.

—Mamá no me ha dicho nada de esto. Solo me ha alertado de no mojarme las alas. Creo que a partir de ahora tengo que estar atenta a todo lo que haya a mi alrededor. ¡Qué miedo! ¡Yo no quiero estar sola!

Así fue cómo Mariposilla empezó a buscar a otras mariposas que volaran por allí. Cansada, se posó sobre la ramita de un árbol y se quedó allí quieta.

—Desde aquí arriba se ve todo mucho más bonito que estando abajo y creo que es menos peligroso.

De pronto, un pajarraco negro pasó a toda velocidad por encima de su cabeza, casi rozándola.

—¡Uy, qué miedo, un poco más y me lleva por delante! Pero qué peligroso es este mundo al que acabo de llegar. Los peligros me acechan por todos lados. ¿Qué va a ser de mí, tan sola como estoy?

Entonces, escuchó una voz serena que venía de una rama cercana.

—Mariposilla ¿qué haces aquí tan sola?

Buscó con los ojos y vio, posada en una rama cercana, una mariposa adulta de alas azuladas que le sonreía.

—Hola mariposa azul. ¡Estoy muy asustada!

—¿Qué te pasa, Mariposilla? ¿Es que acabas de abandonar el nido?

—Sí, así es. Y me he llevado varios sustos muy grandes. Veo muchos peligros a mi alrededor y no sé qué hacer ni a dónde ir.

—Y tú mamá ¿dónde está?

—Cuando me estaba dando consejos para volar, algo le cayó encima y la aplastó y ya no tengo mamá. Por eso estoy sola.

—Tranquila mariposilla, yo te ayudaré. ¿Te quieres venir conmigo y con otras mariposas, a nuestra comunidad? Nosotras nos apoyamos unas a otras y nunca estamos solas.

—¡Oh, sí, mariposa azul! Llévame contigo, por favor. Enséñame a afrontar los peligros que me acechan. No quiero vivir asustada y huyendo siempre.

Así fue como Mariposilla encontró una nueva familia que le dio apoyo y seguridad y le fue enseñando los trucos de la vida de las mariposas.

Los días fueron pasando y Mariposilla se sentía cada día más feliz. Ella ya formaba parte de la comunidad de mariposas. Por las noches, cuando todas se reunían en un claro del bosque, cada una, por riguroso turno, contaba sus experiencias del día y sus aprendizajes. Ella escuchaba con mucho interés y recibía con agradecimiento todo lo que sus compañeras compartían. Mariposilla fue creciendo y formándose en este ambiente. Para ella, aquello era una verdadera escuela de vida.

Así fue como Mariposilla pronto llegó a la edad adulta convertida en una gran maestra que enseñaba a las pequeñas mariposas de la comunidad, a volar y a vivir con alegría y seguridad.

Un buen día, Mariposilla fue mamá y tuvo sus propios bebés a los que dedicó todo su amor y atención, enseñándoles a volar, a protegerse y a prepararse para vivir su vida de mariposa sin miedo y con libertad. Eso sí, les advirtió y previno de todas las amenazas que les podían acechar y les dijo:

—Si conocéis los peligros, siempre vais a tener un margen de maniobra para actuar.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y dicen que Mariposilla dejó un mensaje escrito en el aire de aquel valle, y que todo el que va allí lo ve y lo entiende. El mensaje dice: «Escucha, aprende, prepárate y podrás salir a bailar y a disfrutar siempre que quieras, sin miedo y con libertad».

FIN

LA ANCIANITA DEL LUGAR

REMEDIOS SÁNCHEZ GUERRERO

En un rincón remoto, rodeado de ondulantes montañas, vivía una anciana. Murmullos entre sombras sugerían que ella traía consigo el mal de ojo. Al caer la tarde, las lenguas del pueblo, congregadas en susurros, tejían historias sobre ella, atribuyéndole las desdichas que azotaban a la comunidad.

Sin embargo, la anciana, ajena a los cuchicheos, compartía su cotidianidad con su esposo y Curro, su leal perro. Era plenamente consciente de los miedos e inseguridades de sus vecinos, quienes la señalaban como chivo expiatorio para no enfrentar sus propias adversidades. Se propuso entender qué los diferenciaba por fuera: ¿Cómo se visten? ¿A dónde van? ¿Cuáles son sus preocupaciones? ¿Qué les apasiona? Porque, en el fondo, no eran tan distintos: los verdaderos anhelos, los temores y los sueños se parecían más de lo que nadie se atrevía a decir.

Vestida siempre con sencillez, prefería la soledad de la naturaleza a la bulliciosa plaza del pueblo y se abstenía de participar en el chismorreó. No hacía compras en Amazon ni se unía a las escapadas nocturnas del resto, encontraba felicidad en la tranquilidad de su hogar, jugando al dominó o al Rumi junto a su marido al calor de la chimenea.

Reflexionaba sobre cómo mantener su singularidad y, al mismo tiempo, pasar inadvertida ante los ojos del que dictaminaba la moral del lugar. Adoptó la paciencia como estrategia, convencida de que era la virtud que le permitiría coexistir en armonía con los demás. Decidió convertirse en una presencia amable y servicial para sus vecinos, cultivando la aptitud del buen cortesano: palabras suaves y bondadosas que calarían como la brisa en sus corazones.

Con el transcurso del tiempo, nuevas generaciones llegaron al pueblo y, gradualmente, los rumores sobre el mal de ojo se extinguieron. La otra mala anciana se transformó en la dulce ancianita del lugar. Pero, ¿qué había cambiado realmente? Aquella fama nefasta quedó relegada a un pasado marcado por el miedo, la baja autoestima y un anhelo distorsionado de reconocimiento. La anciana había aprendido la importancia de escucharse y escuchar, de amarse y amar, de cuidarse y cuidar. En su serenidad interna, halló la fortaleza para enfrentar los desprecios y, como quien ejecuta un hábil regate de dribling o un swing, aprendió a reconocer la bondad en el corazón de cada uno de sus vecinos.

Su sabiduría acumulada ahora irradiaba un influjo positivo en la comunidad. Los jóvenes disfrutaban de su compañía, sintiéndose acogidos y comprendidos. Con una mirada compasiva, la anciana era ahora consciente de sus propios errores, que les permitieron aprender a aceptar a cada uno tal como era.

Y con una sonrisa serena, repetía que basta una mirada verdadera para que la dignidad florezca de nuevo donde antes fue pisoteada.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...». Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *El pájaro de un solo ojo*
y otros cuentos se acabó de imprimir y encuadernar
en mayo de 2025.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este vigésimo volumen se han recogido los cuentos escritos por: Teba Fernández, Clara Fols Pérez, Marina Párraga Espín, José Antonio Rosa, Penélope Álvarez, Nico Andreo, Alejandro Garriga, María Rubio del Amor, Carolina Andreu Sempere, Ana Martínez García, Carmen Marín Muñoz y Remedios Sánchez Guerrero.

Se realizaron en el taller Érase tu vez los días 29 y 30 de marzo de 2025 en La Casa de la Piedra. Murcia.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-7-1



978-84-126443-7-1